



# 1

Atlanta, Estados Unidos  
Presente

—**N**o sé qué hacer —admitió Hazel. Su amiga la observaba desde el otro lado del sofá cubierto con un nailon transparente.

—Por el momento, dejar este apartamento y pasar unos días en mi casa.

—¿Y después? —Bajó la cabeza con una sonrisa amarga—. ¿Te has dado cuenta? Mi vida se derrumbó en cuestión de segundos. Debe ser el karma.

—¿Qué karma? —rio Denise.

Hazel suspiró. Miró el techo, los muebles envueltos, las paredes.

—En un parpadeo, todo esto se habrá ido —concluyó—. Ya no tengo esposo, ni empleo, ni un hogar.

—Tienes una profesión. Si no trabajas para una compañía, será para otra.

—No sé si quiera volver a la ingeniería, me trae muy malos recuerdos.

—Que tu esposo haya sido tu jefe es una porquería.

–¡Ni me lo digas! Opacaba cualquier cosa que yo hiciera y que pudiera posicionarme mejor que a él. Perdí la cuenta de las veces que se apropió de mis ideas, las presentó como propias y se llevó todo el crédito. Una vez se lo mencioné. ¡Lo negó en mi rostro!

–Cambiamos de tema o volverás a hablar de él. Hasta que comenzamos con el asunto de qué harás después de pasar unos días en mi casa, estuvimos hablando de tu ex durante horas.

Hazel le dio la razón. Sin embargo, no supo qué decir si no hacía referencia a Liam. Todo lo que se le ocurría eran escenas con su esposo. Ex. Tendría que acostumbrarse a llamarlo de esa manera.

Se mantuvieron en silencio un rato.

–¿Has pensado en regresar a Australia? –indagó Denise de pronto.

–Sí, pero ¿qué haría allí? Volver a vivir bajo el techo de mis padres, como una adolescente, acrecentaría mi frustración. No puedo culparlos, pero parte de lo que me sucede hoy tiene que ver con decisiones que, en realidad, no tomé yo, sino la voz de mi madre en mi conciencia. Instalarme en su casa en Sídney no sería lo mejor.

–¿Y la finca de tu abuela fallecida?

–¿Quieres echarme lo más lejos posible de tu vida? –bromeó Hazel.

El timbre interrumpió la conversación. Hazel se levantó y respondió por el portero eléctrico. Bajó para recibir a los empleados de la mudanza y regresó con ellos.

Poco a poco, el apartamento se fue vaciando. Se llevaron los muebles, los electrodomésticos, casi secuestraron también a su gata.

–¡No! –exclamó Hazel–. Ella no. Es mía.

–El señor nos ordenó que...

–¡Es mía! –repitió, preparando las garras como la felina.

Extrajo el celular del bolsillo, buscó el contacto de Liam y lo llamó. Tuvo que insistir tres veces hasta que él al fin atendió.

–Estoy trabajando –protestó.  
–Avísales a tus empleados que la gata es mía.  
–¿A dónde la llevarás? No permitiré que sufra en las casas de tus amigas.  
–¡Acordamos que Honey era mía! Te di los electrodomésticos a cambio.  
–Acéptalo: estará mejor conmigo.  
–¡No te la daré! Es mi gata. Punto.  
–¿Quién la llevó a esterilizar?  
–¡Fuiste tú porque no me permitiste ingresar más tarde al trabajo! –El empleado de la mudanza puso los ojos en blanco–. ¿Quién le compraba el alimento todos los meses?  
–Así como te encargabas del resto de la compra.  
–Siempre protestabas porque te llenaba los trajes de pelos. ¡Ella ni siquiera te importa! Pretendes quitármela para fastidiarme.  
A decir verdad, Liam quería que Hazel continuara atada a él de alguna manera, pero jamás lo diría.  
–Puede ser –murmuró.  
–¡Lo sabía!  
–Señora –murmuró el chico de la mudanza.  
–Váyase ahora y ni se le ocurra tocar a la gata –intervino Denise.  
–No puedo irme sin...  
–¡Ahora! –repitió en un grito.  
–¿Estás con la loca de tu amiga? –rezongó Liam al teléfono.  
–¡No te saldrás con la tuya! –prometió Hazel y cortó sin responder su pregunta. Miró al empleado que quedaba dentro de la casa de los tres que había enviado su exmarido y alzó a la gata contra la cintura–. Si no puedes irte sin la gata, me iré yo con ella –determinó y comenzó a caminar hacia la puerta.

Denise recogió su bolso y el de Hazel mientras miraba al muchacho de manera amenazante y salió tras ella.

–Señora. ¡Señora! –exclamó el chico.

Las persiguió hasta el elevador. Hazel lo echó antes de que las puertas terminaran de cerrarse.

La gata se agitó, incómoda, contra su costado. No se llevaba bien con la gente, ni siquiera con ella, y mucho menos con Liam. Pronto acompañó los movimientos con quejidos. En cualquier momento la rasguñaría. Se llamaba Honey, “miel”, por el tono rojizo de su pelaje, pero, a decir verdad, era bastante amarga.

–Dime que viniste en automóvil y que recogiste mis cosas –rogó a su amiga.

–Solo tu bolso. Pero traje el coche –sonrió Denise.

Hazel hizo un gesto de pena con la boca. La mayoría de sus pertenencias ya estaban en la casa de su amiga. Faltaba la mochila en la que había guardado un par de libros. Se consoló pensando que podía comprarlos de nuevo, aunque perdiera las marcas que les había hecho. No quería regresar a ese apartamento. Por lo menos, tenían el auto. Era difícil que un taxi aceptara llevarlas con una gata histérica en la mano.

La soltó en el asiento trasero del coche antes de que la asesinara a rasguños y mordidas. Fueron acompañadas de maullidos y bufidos todo el trayecto. Para bajarla en la casa de su amiga, Hazel le pidió una toalla. Cubrirla fue la única manera de manipularla.

Una vez dentro de la sala, la soltó para que investigara el ambiente. Le pusieron agua y un poco de papel para que hiciera sus necesidades. Como no había llevado el alimento, le ofrecieron un poco de pollo que Denise guardaba en el refrigerador. Tendría que comprar otra transportadora.

Cenaron mirando una película en el televisor. Hazel prestó poca atención. Lo único que tenía en mente era el momento en el que había comprobado que Liam le era infiel.

Todo comenzó cuando él le dijo que sentía que estaba perdiendo la forma y que por eso quería ir al gimnasio después del trabajo. Ella misma concurría a uno, no encontró motivos para sospechar de ese deseo. Sin embargo, comenzó a desconfiar cuando el número de veces por semana y la cantidad de horas que él pasaba en ese lugar aumentó hasta ocupar todos los días hábiles e incluso algunos sábados.

Cuando le planteó la situación, Liam puso la excusa de que tenía nuevos amigos. Aseguró que a veces salía con ellos para distenderse después del entrenamiento, que iban a bares y restaurantes. Recordaba su propia respuesta como si se la estuviera dando en ese momento: “así, recuperarás al instante las calorías que quemaste”. Lo había pronunciado entre risas. Al analizar la escena a la distancia, llegó a la conclusión de que había sido ingenua, como de costumbre.

Por suerte, la ceguera le duró solo unos meses. Se dio cuenta de que algo más ocurría por el aroma de Liam, por la forma de tener sexo y porque podían pasar semanas sin tenerlo. Cuando estaba en casa, casi no la miraba. En el trabajo, siempre había sido frío para mantener las apariencias. Los dos sabían que, siendo la esposa del jefe, sus compañeros podían pensar que tenía preferencias, así que aceptaba ese trato distante como algo natural y necesario. Lo raro fue que se extendió a su casa.

Ahora que lo pensaba, habían existido muchas señales más que no había querido notar. Por ejemplo, que jamás se despegaba del celular y que, una vez, llegó un gasto exorbitante de una joyería. Liam adujo que le había obsequiado un brazalete a su madre. Como se acercaba Navidad, eligió creerle.

Una noche, mientras se dirigía a la casa de una amiga, vio su automóvil estacionado en la acera de enfrente de un hotel. Se preguntó qué haría él allí y aparcó también.

Entró al lugar con el corazón galopando en su pecho. Sospechó que no se encontraría en una habitación; si su intención era pasar la noche, habría guardado el vehículo en el aparcamiento.

Espió el bar de la recepción. Como no lo encontró, le preguntó al recepcionista dónde quedaba el restaurante. Le indicaron cómo llegar y allí lo encontró: cenaba muy acaramelado con una recepcionista de la compañía. Le estaba tomando la mano y, además, la besó. Lo más probable era que sí pasaran unas horas de la noche en una habitación después de todo.

Por supuesto, no hizo escándalos. Tan solo se volvió por donde había llegado. Tampoco se dirigió a la casa de su amiga. Lo esperó en la suya.

Liam se dignó a aparecer a las tres de la madrugada.

–Hola –dijo, sentada a la mesa del comedor en penumbras.

–Hola –respondió él, sorprendido–. ¿Por qué estás despierta?

–Me preocupé porque no llegabas. Te llamé, pero no atendiste.

–Lo siento, estábamos entretenidos con los muchachos.

–Querrás decir “la muchacha” –repuso ella. Liam rio fingiendo una expresión de desconcierto.

–¿De qué hablas?

–De Sophie, la recepcionista con la que cenaste esta noche.

–Estás loca.

–Quiero el divorcio –soltó sin pensar–. No me quedaré junto a alguien que no me ama. ¿Qué sentido tendría? El amor no se mendiga. Y eso es justo lo que estuve haciendo. Una amante no destruye un matrimonio, llega porque el matrimonio ya está acabado. Así que no perdamos el tiempo.

Curiosamente, siempre le había costado tomar decisiones, pero no esa.

No se arrepentía de lo que había hecho. Sin embargo, en el momento no midió que, como él era su jefe, tendría que renunciar al empleo. Tampoco que el apartamento que habitaban era rentado y que, sin trabajo, ella no podría pagarlo sola. Ni siquiera se percató de cuántas lágrimas derramaría. No tanto por reconocer que Liam y ella no se amaban, lo cual, en el fondo, ya sabía, sino más bien por lo que había hecho de su vida hasta ese momento.

Acordaron que él se quedaría con los electrodomésticos a cambio de que ella conservara la gata. Le importaba mucho más su mascota que el refrigerador, el televisor y la lavadora. La adoraba, aunque Honey no pareciera muy apegada a nadie.

También dividieron los muebles. Como Hazel no tenía donde guardar su parte, contrató una buhardilla. Evitó quedarse con la cama que habían compartido. En caso de que consiguiera un nuevo empleo y decidiera mudarse a otro apartamento en Atlanta, prefería dormir en el suelo antes que recordar el sexo frío y sin sentimientos que su ex y ella habían mantenido sobre ese colchón hacia el final de su matrimonio. Por último, vendió el automóvil para pagarle a una abogada que pusiera en orden sus acuerdos.

–No puedo ir a la estancia de mi abuela fallecida –reflexionó de pronto mientras revolvía los espaguetis con tuco que había preparado Denise–. Está cerca de Gold Coast, y puede que él todavía esté ahí.

–¿“Él”? ¿Te refieres al chico que conociste a tus diecisiete años?

–Sí. Le rompí el corazón.

–¡Déjate de tonterías! –rio Denise–. ¡Han pasado quince años! ¿Por qué te recordaría? Ese tipo debe estar casado. Seguro tiene tres hijos y dos canguros como mascota.

–Tienes razón –admitió Hazel y rio también.

–Pero, si tú lo estás mencionando, significa que no es ese hombre quien te recuerda, sino tú a él.

Los labios de Hazel se movieron hacia un costado. Luego se mordió el inferior.

–Claro que lo recuerdo –reconoció–. Queensland fue el único sitio donde alguna vez fui realmente feliz.

–Entonces, ¿por qué te quedarías en Atlanta? Créeme, nadie te extrañará más que yo. Pero si ese fue tu lugar feliz una vez, deberías volver.

A pesar de que la cama del cuarto de huéspedes de Denise era cómoda y amplia, casi no pudo dormir. Miraba por la ventana y pensaba en las noches que había pasado en Australia, esa tierra lejana que la había visto nacer.

No estaba segura de regresar. Aun así, al día siguiente, mientras su amiga no estaba, llamó a su madre.

–¡Querida! ¿Cómo estás? ¿Ya se llevaron los muebles? –indagó Adeline.

–Sí. Me estoy quedando con Denise.

–Acepta que te envíe dinero. No puedes andar de casa en casa como una paria.

–Gracias, pero no hace falta. Si en algún momento estoy en aprietos, te lo haré saber.

–Sigo pensando que, quizás, no debiste ser tan determinante. Todavía me cuesta creer que Liam te engañara.

–Mamá, te ruego que no me incites a dudar de mi decisión, y menos por teléfono –la interrumpió–. Quiero hacerte una pregunta: ¿la estancia de la abuela está desocupada o la rentaste?

–¿Rentarla? –rio Adeline–. ¿Quién querría vivir en ese agujero?

–Yo.



–¡Ni lo pienses! Ese lugar no es para ti.

–¿Por qué? Sabes que nunca tuve intención de dejar Australia. Me mudé aquí porque a Liam le ofrecieron un puesto directivo. Estados Unidos no es mi lugar, nunca lo fue.

–Ven a Sídney. Estoy segura de que aquí encontrarías muy buenos empleos como ingeniera. Tu padre y yo estaríamos encantados de recibirte en casa.

–El problema es que no quiero vivir con ustedes y no estoy segura de regresar a la ingeniería por el momento.

–¿Qué culpa tiene tu profesión? ¡No seas dramática!

–Responde mi pregunta, por favor.

Adeline se puso seria.

–Olvídate de esa finca: no es productiva. Intenté venderla y nadie la quiso. Para no seguir perdiendo dinero con ella, tuve que asociarme con alguien que jamás hubiera querido.

–¿Por qué no me lo contaste?

–No era importante.

–¿Con quién te asociaste?

–Con la única persona que aceptó hacerse cargo de ese elefante muerto.

Hazel suspiró.

–Creo que me agrada la idea de devolverle la vida a algo cuando ya nadie le tiene fe.

–No entiendes una palabra de granjas. ¿Qué podrías hacer en ese sitio inhóspito de Queensland?

–En mis recuerdos no es la porquería que describes.

–¡Porque tu abuela la hacía ver como un tesoro! En realidad, siempre fue un estorbo. Hazme caso: si por el momento no quieres volver con tu esposo, regresa a Sídney. Tu padre y yo te ayudaremos.

El problema era que Hazel no quería empezar de nuevo de la mano de sus padres. Se despidió de su madre tras rechazar una vez más la oferta.

Mientras intentaba que Honey permaneciera en su regazo sin éxito, gastó parte de sus ahorros en un pasaje para ella y para su gata con destino a Gold Coast.